

tempo, bajo el rigor de la muerte, en una inmovilidad de bestia enferma; imagen más horrible porque era más real, más dolorosa por ser más humana.

Espantosa y pertinaz idea de clase el médico en tanto su carroje rodaba por pintorescos caminos de la ciudad, donde todas las tardes iba a buscar aire y silencio.

Espantosa idea! Ya casi no tenía para él la enfermedad; la locura es la disminución, la desaparición más o menos completa de la voluntad; desde luego se trataba de medios de luchar y probabilidades de triunfar; pero ay su hijo... ¿Qué estaba destinado a ser aquel pobre hijo suyo, encubierto durante tantos años?... ¿Y si de aque llas miserables seres que vegetan por siempre en la tumba mansión del Mnímonio, inútiles, inservibles, sin alegría y sin tristeza, semejantes a una flor sin perfume o más bien a una planta artificial...? Tocas, lesionando parcialmente, irá a formar en los filos de esa desdichada floritaje de matoides, de locos peligrosos en los cuales el desequilibrio puede arrastrarlos al mundo negro del vicio, de la embriaguez, al crimen lo más triste que a los heroicos sublima ó las concepciones periciales, pero sintiendo eternamente el desasosiego de un deseo nunca satisfecho?...

Oh! el pobre niño! el pobre niño... En instantes de ansiedad suprema, el salió se erguía y dando un puntapié al hombre, al padre, diciéndole impetuosamente: —No, no debes vivir. Sería una infamia crear un ser eternamente degradado! No debes vivir; para qué está el aborto?... mi aborto al pensar en él, hundíase el doctor Irmán era un excelente cirujano. Y luego acercándose a la brisa:

—Preciosas obras, agregó, no faltan al remate!

— o —

Fructuoso Rivera.

En la triste mañana del 13 de Enero de 1851 y en circunstancias que llevaba a la Patria a ocupar un puesto en el Gobierno, fue su prendido en los Conventos, Depto. de Cerro Largo, por la traidora arteria, el Brigadier General Fructuoso Rivera. Allí oyó obediendo a la ley inmutable de la naturaleza aquél luchador poderoso, aquel héroe vaciado en el molde en que se formaron los grandes.

La muerte en su marcha desastrosa a través del universo, troncha con sus terribles golpes como un huracán impetuoso los retumbos débiles y flexibles, arranca de enojo las ramas oscuras llenas de vida y da entienda con los robles corpulentos.

Bajo a la tumba después de haber servido a la patria 40 años, y durante tan largo periodo, mantuvo inmaculada su personalidad militar. Tú vez habrá cometido errores en tantos años de vida política y ciudadana, porque todos los hombres sonables, pero el pueblo Oriental reconoce entre sus tantos méritos uno que lo enaltece y que hace de él un jefe casi excepcional en aquella época tumultuosa de nuestras luchas por la libertad americana: que sus charteras no fueron nunca manchadas con la sangre de prisioneros indefensos.

El General Rivera fué uno de esos hombres que vienen al mundo con un sello de celebridad y grandeza y unidos a ellas un corazón magnánimo y en valor y serenidad a toda prueba, hicieron de él el más tarde antiguo verdaderamente nacional.

Fué todo un patriota porque dió a su suelo todo cuanto tenía y lo prueba el hecho de que cuando perdió la libertad del Plata amenazada por los sargentos sanguinarios de la marina, puso a disposición del Estado todos sus bienes para que con el importe de la venta se sostuviera la guerra al tirano; fué un héroe por su valor demostrado durante casi medio siglo, nunca quebró ni murió en los momentos de infierno, como en el momento estrechado del Ralón y en la honrosa retirada de India Muerta; fué un servidor desinteresado de la causa de la Independencia como lo prueba el hecho de que por decreto de Oribe se le decretara una espada de honor como testimonio a tan grandes servicios reconocidos hasta sus adversarios; y fué noble, humanitario y generoso al par que el primero, como lo testimonió la persecución en los campos de Cagancha que hizo personalmente, la que no se consumaron hechos de sangre y barbarie.

El partido provocado se inició con síntomas alarmantes, tan alarmantes, que el Dr. Irmán, nervioso, asustado, temiendo por la vida de su mujer, mandó buscar cuatro colegas.

El primero que llegó, fué el doctor Carrión, el cirujano de moda, un mozo rubio, elegante y distinguido, que había estudiado en París no tanto los secretos médica-quirúrgicos, como las reglas de la novísima sociedad de las *Frederickshöfchen*.

—Grave, —dijo desde un principio con suprema petulancia.

—Grave, confirmaron los otros.

—Pero señores, pero señores! —repitió Irmán, en el colmo de la desesperación, cor, los ojos brillantes, y cabellera desordenada y agitando los brazos.

No esperó. Tras una serie de espantosas convulsiones, la mujer dio un grito de infinito alivio y quedó muerta. El doctor Irmán recogió la cara sanguinolenta, palpitante aún, y dando un rugido siniestro, la dejó sobre la cama.

Se puso, apresurado con una risa saliente hasta, qué ponían de cara. Una voz chillona, casi maníaca. Sus ojos, e cerraron, la cabeza se inclinó gravemente sobre el hombre que quería.

—Se muere, — exclamó el doctor Irmán.

se asentó a la América en el

trabajo pertinente del Rincón, para allí marchar a decirle Saavedra

atrevidamente contra la eclesiología del

invicto; tutti los Miserables, y des-

pués de ver si las luchas y a la

sonrisa de la eclesiología y blanca que le

debe traer por su gloria, fué a

romper entre las frases de Gómez de

Cáceres, la sendida de un dísputa,

—Oh! pálid gallardo y valeroso de

nuestra lucha de antaño. Duerme

en paz porque la tierra. Uruguay tiene

un recordado para ti y se entalece

con tus luchas i gendarmos! Descanso

que la herencia legada a esta de

tus saeculares será conservada; el

pueblo Uruguay que lleva en un angulo

de su bandera el hermoso sol

en ericano, te tributa su admiración

y agrado; i te bendice al impulso

de iguales aspiraciones y pensamien-

tos; el anciano descripto y el adoles-

cente; allí van las damas de alta al-

curnia y también toman su parte las

victorias entregadas a los placeres un

danzales, el hombre blanco y el de

color; junto a una personalidad dis-

tinguida camina un tipo sin conciencia

que la sojedad arrojó de su seno;

allí se confunden y cruzan ante

nuestra vista como una sola masa y

agitados por su mismo pensamiento

y latiendo sus corazones al impulso

de iguales aspiraciones y pensamien-

tos; el anciano descripto y el adoles-

cente; allí van las damas de alta al-

curnia y también toman su parte las

victorias entregadas a los placeres un

danzales, el hombre blanco y el de

color; junto a una personalidad dis-

tinguida camina un tipo sin conciencia

que la sojedad arrojó de su seno;

allí se confunden y cruzan ante

nuestra vista como una sola masa y

agitados por su mismo pensamiento

y latiendo sus corazones al impulso

de iguales aspiraciones y pensamien-

tos; el anciano descripto y el adoles-

cente; allí van las damas de alta al-

curnia y también toman su parte las

